

**ALALZA.A
LABAJA**

AL ALZA, las **Romerías de Tomelloso** y **Argamasilla de Alba** y el **Festival de los Mayos de Pedro Muñoz**, tres celebraciones de gran raigambre y tradición en las que participaron miles y miles de personas. La romerías tuvieron el inconveniente del mal tiempo, pero aún así no decayó el ánimo. Los Mayos tuvieron mejor tiempo y esa fiel entrega del pueblo de Pedro Muñoz a su fiesta más importante.

AL ALZA, el **Atlético Pedro Muñoz** que se ha proclamado brillante campeón del grupo I de Primera Autonómica y ya es equipo de Preferente. El talento de un joven técnico, **Augusto Teruel**, el compromiso de todos los futbolistas y el apoyo de la afición han sido los pilares del ascenso. Al alza también el entrenador del Socuéllamos, **Ángel García Cosín**, por su reciente premio de mejor entrenador de 2ªB en Castilla-La Mancha.

AL ALZA, el recital de piano que ofreció **Joaquín Soriano** el pasado 30 de abril en el Teatro Municipal de Tomelloso. El público disfrutó con un músico que ha actuado e impartido clases en todo el mundo. La Asociación Pro Música Guillermo González sigue trayendo a Tomelloso artistas de primer nivel y éste ha sido el último ejemplo.

A LA BAJA, el **Ayuntamiento de Tomelloso** por denegar una subvención de 1.500 euros al Club Balonmano Tomelloso. Aunque es cierto que hubo un retraso en la presentación de la justificación, en el club alegan que la Administración local debería haber requerido la presentación de los documentos exigidos, tal y como establece la ordenanza. “Es una aplicación precipitada y severa de la ley para negarnos una subvención que nos concedieron en abril, que necesitamos con urgencia y que no perjudica a nadie”, afirman los responsables del equipo.

En este número:

Joaquín Soriano vuelve a embelesar al público en su magistral concierto de piano en el Teatro de Tomelloso

/23



El Atlético Pedro Muñoz se proclama campeón y asciende a Preferente

/33

POR CAMPO D'FIORI

Poesía y política

Valentín Artega

La poesía es una de las dimensiones más esenciales e imprescindibles de la existencia humana. A los pueblos los dirigen más los poetas que los políticos. Cuenta Borges que en algunas tribus antiguas, cuando les salía un hijo poeta lo desterraban urgentemente del poblado, y hasta su propia madre tenía permiso para matarlo, que no es sino una manera de confesar que los poetas son los hijos malditos de la especie.

Hoy mismo de algún modo lo son, porque su quehacer está, al cabo y al fin, contra la masificación y el borreguismo, pues optan por la individualidad y la diferencia, actitudes ambas nada favorecidas actualmente desde cualquier poder. Octavio Paz, que se ha quejado con frecuencia de la marginalidad última que sufre la poesía, dice que si la tradición poética se interrumpiese, “las palabras se secarían en nuestros labios y nuestros discursos volverían a ser chillidos de monos”. Hoy en día, los poetas están condenados a refugiarse en los sótanos y se les silencia por tontos y troyanos, y, sobre todo, por los medios de comunicación, porque se interesan y ocupan de quehaceres impropios, y que el vecindario le trae indiferente. La mentalidad hoy dominante es la típica de la era industrial. Importa sólo aquello que se puede calcular, analizar, medir, tocar y ver. Lo que no se logra verificar por un cerebro electrónico es lo mismo que si no existiese.

En la edad de la técnica no hay sitio para la poesía. La contemplación ha muerto o casi. Mas la contemplación constituye el camino para el silencio, el estupor, el amor, la intuición y la poesía. El poeta es el hombre de la contemplación. En es-

tos tiempos, como diría Félix Grande, “la imaginación es herética”. Pronto no sabremos, qué cosa es una amapola, una viña que florece, un río, un beso, una manzana, un puñado de lumbré, una mujer, un hombre. Entre la maquinización y los ordenadores, no hay ya lugar para el descubrimiento y las sorpresas.

“Trabajando únicamente para el logro de bienes materiales, estamos construyendo nuestra propia prisión”, denunciaba R. Kennedy. Y también: “No se puede vivir únicamente de frigoríficos, de balances, de política. No se puede vivir sin poesía”. El día en que nos quedemos sin poesía será el día de la ceniza general y el de la muerte del espíritu.

El oficio del poeta es el de, por medio de la palabra, lograr devolver al mundo el perdido sentido de la inocencia y la originalidad. La poesía inmuniza al hombre contra la prosa, entendiendo por prosa todo cuanto está reglado, programado y en orden, un orden del que no puede salirse, del mismo modo que el jumento con los ojos vendados tiene que permanecer constantemente dando vueltas a la noria. La misión del poeta es volver a los orígenes. Como en el libro de Alberti *Sobre los Ángeles*: “No habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel. Todo, anterior al balido y al llanto. Cuando la luz ignoraba todavía si el mar nacería niño o niña”. Dice Javier Sádaba que el poeta es el hombre que, por medio de sus palabras “puras”, nos conduce de la mano hacia aquellos orígenes primigenios de la existencia aún no contaminada. Las palabras del poeta son “divinas” palabras. A eso me refiero. Cada

día es más evidente la necesidad de regresar, para salvarnos, a lo no contaminado y constituyente. A lo eterno. Al santuario de los “adivinos” y los videntes. Todos los comienzos de las religiones fueron poéticos y míticos.

El poeta, aunque no lo pretenda, es siempre un contestatario. Y las ideologías, del signo que sean, lo saben. Por eso pretenden domesticarlo y asignarle un carnet. Pero el poeta verdadero va siempre por libre: apuesta por la diferencia; porque dirige preferentemente su atención a lo interior del hombre. Huye de lugares comunes y de los pensamientos hechos, pues su misión radica, sobre todo, en ser “vidente” de la esencialidad. Su palabra posee el privilegio de palpar el corazón del mundo. Al poeta le ha sido concedido el don de penetrar en lo más hondo de la existencia, y emerge de ella con el rostro resplandeciente. Todo cuanto va mirando, después, lo contempla iluminado, porque, como dice Ángel Crespo, el poeta “antes de mirar, aprende a cerrar bien los ojos”. Y también: “Antes de escribir hay que aprender a no hacerlo. Los fundadores se retiraban durante años al desierto, no para meditar, sino para cumplir con este aprendizaje”. A los hombres de hoy nos hace falta aprender a escuchar la “música callada” de las cosas, de la que hablaba Fray Luis de León.

La poesía, no tiene nada que ver con versificar la frivolidad. Ni con las simples “cosquillas al oído”. Es un modo de conocimiento, por medio del lenguaje, de lo que “es” el hombre, todo el hombre, en cuanto que tiene de inmanipulable, de radicalmente original y de “testigo” de lo inefable.